

## LIBROS

### Adamov: «Memorias de un suicida»

«Los caminos de la neurosis —escribió el dramaturgo Arthur Adamov en 1939— son los mismos que los de la poesía». Arthur Adamov acababa de cumplir treinta y un años y, sabiéndose inmerso en «el tiempo de la ignominia», buscada premeditadamente la «humillación sin fin». Seis años antes, su padre —a quien detestaba con una intensidad propia de un personaje de Dostoyevski— se había envenenado, por causas que Durkheim hubiese denominado «anómicas», con una sobredosis de Gardenal. Seis años después, su amigo Antonin Artaud (que ya en 1925 había escrito una estremecedora «Lettre à monsieur le Législateur de la Loi sur les Stupéfiants») se suicidaría con cloral. Por aquel entonces, Arthur Adamov vivía sometido a la degradante esclavitud de un exacerbado fetichismo sexual: un fetichismo localizado primordialmente en los pies femeninos. En 1943, en las páginas de un extraño libro, titulado «La confesión», declararía: «He envejecido. Pero el tiempo no ha empañado el horrible montón de temores y de obsesiones que, desde siempre, pesan sobre mi vida». En aquella época, cualquier psiquiatra benévolo habría considerado a Arthur Adamov como auténtica «carne de suicidio». Y, sin embargo, y por paradójico que pueda parecer, éste acaecería treinta años más tarde.

Es de todos conocida la trayectoria literaria y política de Arthur Adamov. Nacido en 1908 en Kislovotsk (Caucasia), vástago de una familia reaccionaria «venida a menos», estudiante en Ginebra y en Wiesbaden, interno en el Liceo Lakanal, de Bourg-la-Reine, habitante del mitificado París de los años veinte, asiduo del «Dôme» de Montparnasse, apátrida y maçoquista, visitante enfermizo de los tugurios comprendidos

entre Les Halles y Saint-Merri («un barrio repugnante y magnífico, que encarnaba todos los sucios apetitos de la carne»), víctima de buscadas humillaciones sexuales y beneficiario, pese a todo, de esas mismas humillaciones («No hay para mí placer más grande que el de sufrir en pleno rostro la afrenta y el menosprecio de una mujer a la que desprecio totalmente...»), prisionero durante el régimen de Vichy en el campo de concentración de Argées-sur-Mer (donde llegó a creer que «tous les espagnols etaient des lorquistes»); Arthur Adamov se dio a conocer en 1948, como autor dramático, con su obra «La Parodia». En 1950 estrena «La invasión» y «La pequeña y la grande manobra», pieza esta de la que rene-

reconstrucción escénica —en la que se advierten clarísimas influencias de Brecht— de los dramáticos sucesos de la Comuna. En 1962, Arthur Adamov daba la impresión de ser un hombre sereno, ideológicamente definido, mentalmente equilibrado. Todo hacía suponer que los antiguos lastres juveniles no volverían jamás a reproducirse.

Pero no es así. En noviembre de 1965, tras un largo periodo de dipsomanía, Arthur Adamov sufre una congestión pulmonar. Continúa bebiendo desesperadamente («el alcohol ataca directamente mi cuerpo; se me cae la piel, mis manos se cubren de grandes manchas negras...»), y en mayo de 1966 tiene que someterse a una cura de desintoxicación en la casa

esas páginas terribles puede uno explicarse razonablemente el suicidio de Adamov. Sin duda, tenía razón Emile Durkheim cuando escribió: «Así como la tendencia suicida aparece antes o después de acuerdo con la edad en que los hombres inician su vida social, crece a medida que se ven comprometidos más íntegramente en ella». El suicidio de Adamov no es, como diría Albert Camus, la resolución de un problema filosófico, sino la única culminación posible de un compromiso biológico. ■ SANTIAGO RODRIGUEZ SANTERBAS.

### «El hambre sexual»

La sexualidad, su exposición y su problemática, cuentan en España con una bibliografía cada vez más extensa. Trata de colmar un vacío de años, en los que un tabú exagerado impedía la aproximación al tema. No siempre esta bibliografía galopante es recomendable. Muchas veces se trata simplemente de aprovechar la ansiedad creada precisamente por ese largo silencio para colocar libros de fácil venta, simplemente morbosos unas veces, convertidos en trampa otros, como simple negocio editorial y sin demasiada preocupación por una verdadera educación, por disipar fantasmas de todas clases —tan peligrosos los de represión como los de exageración—; muchos mezclan algunos de los tópicos o de las medias verdades de esta época, llamada en algunos países de liberación sexual, con los tópicos y las medias verdades de la etapa de la represión, y consiguen, sobre todo, desorientar.

Entre los libros más claros, más sencillos, más directos de los recientemente publicados, está la «Iniciación a la fisiología sexual», de Jean Cohen (Editorial Nova Terra. Barcelona), dotado de una sana intención simplemente informativa. No emite juicios de valor. Las descripciones anatómicas y fisiológicas están hechas en el lenguaje más directo posible; está dirigido a los adolescentes, pero es de aconsejable lectura para los adultos que han adquirido informaciones incompletas, fragmentarias, maliciosas, sobre su propio cuerpo y el del otro sexo y sobre el funcionamiento sexual.

«El hambre sexual», de Amador Fernández (Sagitario, S. A. Barcelona), es un libro más complejo. Parte de la idea de que las necesidades del cuerpo humano —el hambre, la sed, el frío, la fatiga— emiten un código de señales que conducen al individuo a satisfacerlas en la medida de sus posibilidades, y aun en el momento adecuado —comer, beber, abrigarse, descansar—, pero que, en cambio, las señales que emite la necesidad sexual están en nuestras sociedades comúnmente embarulladas, y aun cuando se perciban con claridad no pueden colmarse con la relativa facilidad de las otras. Represiones, censuras propias o ajenas, imposibilidad de salidas normales, pueden producir derivaciones al hambre sexual. Anotemos que, por ejemplo, ciertas formas de publicidad erótica, la sexualización de objetos, alguna literatura, alguna imagen, pueden ofrecerse como sustitutos encaminados hacia otro fin, creando algunas adiciones, y sin eliminar nunca el estado de insatisfacción o de hambre sexual. En su examen de casos concretos, Amador Fernández no omite sus propias opiniones y sus comentarios, para llegar a algunas conclusiones que no presenta como pesimistas. Cree el autor que no hay soluciones generales, sino individuales; que el individuo, aun en los estrechos límites de su intimidad, tiene una «amplísima libertad de movimientos»: «con valerse un poco de la lógica individual, le resultará fácil encontrar soluciones para cuantos conflictos pueda plantearle la insatisfacción de esa apetencia». No obstante, más adelante admite que hasta en individuos muy formados, profesional y culturalmente, ha encontrado la falta de lógica que dificulta el hallazgo o la aceptación de las soluciones. Estima que la exigencia social y las circunstancias adversas puedan impedirle una radical, plena y absoluta satisfacción de su apetencia; «pero podrá conseguir al menos una, lo suficientemente eficaz como para no caer en el síndrome consciente o subconsciente del hambre sexual».

Como se ve, la conclusiones del autor representan el polo opuesto de las anotadas por Wilhelm Reich, o incluso de las ya previstas por Fourier —nacido



garia años después, por considerarla representativa de un «idealismo repugnante». «Ping-pong» (1955), supone un cambio radical en su actitud ideológica: «Ping-pong» —confesaría Adamov en 1962 al escritor español Joaquín Jordá («Primer Acto», núm. 33)— es la puerta que cierra mi teatro de antes y se abre a mi teatro actual. Sí, puede decirse que su tema es la alienación y la reificación, pero tratadas de una forma que ya no me interesa. Ese nuevo camino continuaría con «Paolo Paoli» (1957), parodia feroz de la explotación capitalista, y culminaría en una de las obras más admirables del teatro político contemporáneo, «Primavera 71» (1961),

de salud de Epinay. Un año después, atacado por la tuberculosis, ingresa en el hospital Beaujon. En 1968 publica el primer tomo de sus Memorias: «L'homme et l'enfant»; poco tiempo más tarde aparece el segundo tomo: «Je... ils». Y en 1970 pone fin a su vida. La aparición en lengua castellana de estas «Memorias» (1) constituye, a mi entender, un verdadero acontecimiento editorial. En muy pocas ocasiones un «diario íntimo» ha sido escrito con tan apabullante sinceridad. Sólo leyendo

(1) Arthur Adamov, «Memorias»: 1. «El hombre y el niño»; 2. «Yo... ellos». Ed. «Cuadernos para el diálogo», Madrid, 1972.